

## CUESTIONES DE GÉNERO EN *INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ*

POR

KATHLEEN ROSS  
*New York University*

*Infornios de Alonso Ramírez*, publicado en 1690 en la Ciudad de México, posee la rara distinción de ser la más conocida de las obras escritas por Carlos de Sigüenza y Góngora, historiador, matemático y poeta criollo de la Nueva España, honor dudoso, si cabe, puesto que el resto de la obra de Sigüenza ha permanecido desconocida excepto para un reducido número de eruditos. A partir de 1902, fecha de su primera reedición moderna, *Infornios* ha ido ganando notoriedad a través de sucesivas reimpresiones en América Latina y, más recientemente, en Europa, tanto en Madrid como en Milán.<sup>1</sup> Sin embargo, esta breve narración, que relata la historia de un joven pobre puertorriqueño que abandona su hogar en busca de fama y fortuna sólo para sufrir los más indecibles maltratos durante su largo peregrinar alrededor del mundo, figura regularmente en antologías e historias de la literatura hispanoamericana. En la historia de la literatura colonial que surgió en el siglo XIX y se consolidó en el XX, *Infornios* puede contarse entre los textos lo suficientemente privilegiados como para haber sido incluidos dentro del canon, logrando así esta obra la fama que siempre eludió a su propio protagonista.

No se necesitan indagaciones especiales para descubrir por qué *Infornios* aparece como la única obra de Sigüenza y Góngora conocida por la mayor parte de lectores y críticos, y aun por especialistas. A nivel del puro placer, ofrece al lector moderno un verdadero disfrute en un paquete breve de rápida digestión, a pesar de la violencia y el obvio racismo imperante en algunos pasajes descriptivos. El placer del texto no siempre puede atribuirse a la narrativa colonial y, cuando es así, sugiere a los críticos los géneros de ficción, ya sea cuento, novela corta o de largo aliento. El ejemplo más reciente de esta reacción hiperbólica se halla en la edición madrileña de 1988 —que está propagándose rápidamente— y cuyo editor resalta un aspecto fundacional del texto; indicando que esta obra de Sigüenza constituye la primera novela hispanoamericana, una piedra angular en el edificio de la historia literaria.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> La edición de los trabajos de Sigüenza realizada por William Bryant (1984) provee la lista más completa de ediciones a esa fecha. La edición madrileña de Pérez Blanco (1988) y la milanese de Raúl Crisafio (1989) también deben de ser agregadas a dicha lista.

<sup>2</sup> La edición de Lucrecio Pérez Blanco en las series “Crónicas de América” publicada por Historia 16, es fácilmente accesible y muy comercial. La edición italiana de Crisafio, sin duda la de mayor

Aun cuando no todos los pareceres de lectores y críticos han sido tan generosos, *Infortunios*, en tanto como objeto crítico, continúa llamando la atención. Durante los últimos 50 años, más o menos, ha sido estudiado como picaresca y como anti-picaresca, como narración heroica y anti-heroica, como novela griega y antinovela, como narración de naufragios y novela de cautiverio, como historia basada en los hechos y crónica basada en ficción.<sup>3</sup> Lecturas más matizadas, tales como la de Aníbal González (1983), han subrayado los distintos aspectos del discurso histórico y de ficción presentes por igual en *Infortunios*; a causa de lo cual, Walter Mignolo (1982) lo ha caracterizado como un texto ambiguo.<sup>4</sup> Finalmente el trabajo más reciente sobre *Infortunios* sugiere una aproximación totalmente diferente, que intenta situar al texto dentro del discurso colonial peculiar del siglo XVII en la Nueva España. Estas lecturas arrojan luz sobre los aspectos sociales de la narración, en particular las relaciones entre la situación conflictiva de los criollos, tal es el caso de Carlos de Sigüenza y Góngora y el propio Alonso Ramírez en el mundo colonial. Estos estudios ofrecen sin embargo conclusiones contrapuestas: por una parte, la narración de Sigüenza constituye un argumento conservador en apoyo del *status quo* social (Invernizzi Santa Cruz 1986) y por la otra, *Infortunios* deconstruye la hegemonía colonial de España a través de su alienado y crítico protagonista (Moraña 1990, Crisafio 1989, B. González 1987).

A pesar de los resultados variables de este prolongado debate crítico, creo que la cuestión genérica del texto de Sigüenza es aún pertinente, no tanto desde un ángulo puramente formal, como desde el punto de vista discursivo; es decir, el de la ubicación de *Infortunios* dentro de una esfera más amplia de diálogo entre diversos textos. La forma en que leemos un texto como *Infortunios*, cuya propia genealogía es tan heterogénea como la de Alonso Ramírez, señala un cambio en nuestra aproximación ante la historia literaria colonial. A medida que nos distanciamos de la necesidad de atisbar la obra de Sigüenza desde las categorías fijadas por la tradición literaria europea o hispanoamericana, aumenta nuestra comprensión de la fluidez del texto y de la cultura cambiante que representa.

Junto con los diversos modelos literarios provenientes de Europa —la novela picaresca española, la novela griega de aventuras, las narraciones inglesas de cautiverio— la cambiante cultura letrada de la Nueva España incorporó las crónicas de Descubrimiento y Conquista, las biografías espirituales y autobiografías de personajes religiosos, principalmente monjas. Esta herencia más autóctona ha sido explorada por diversos críticos siguiendo las sugestivas teorías propuestas por Roberto González Echevarría en lo que atañe a la relación de la retórica forense y la narrativa colonial.<sup>5</sup> Aun cuando la conexión formal entre *Infortunios de Alonso Ramírez* y la relación o vida del período de la Colonia ha sido delineada en amplios trazos, quiero contribuir a llenar algunos espacios de la discusión, haciendo referencia a mi propio trabajo sobre la escritura de Sigüenza.

---

seriedad crítica y avanzada, es mucho más difícil de conseguir. En su amplia introducción al texto, Pérez Blanco atribuye un status fundacional para *Infortunios* al calificarla como la primera novela de hispano América.

<sup>3</sup> (Cito bibliografía).

<sup>4</sup> A. González (1983); W. Mignolo (1982).

<sup>5</sup> González Echevarría (1976; 1990); A. González; Chang-Rodríguez (1982).

Desde mi punto de vista, el debate sobre *Infornios* puede beneficiarse con una lectura efectuada en conjunción con otros textos de Sigüenza, en particular dentro del contexto de otras narraciones, en las que este historiador barroco manipula las biografías y palabras de personajes históricos. A su vez, esas historias existen en sí mismas en un diálogo con las crónicas de la Conquista y Colonización española del Nuevo Mundo. Más allá de su función en tanto modelos retóricos estrictos de narración en primera persona, la *Historia verdadera* de Bernal Díaz y las vidas de las monjas coloniales se entrelazan estrechamente con el intento de Sigüenza de representar la biografía del sujeto colonial, a medida que el historiador criollo las reescribe como si fuera la suya.

Me he ocupado con anterioridad de la reescritura de las crónicas como característica del Barroco colonial al estudiar la carta de Sigüenza de 1692 en la que se refiere a los motines de la Ciudad de México de ese año, *Alboroto y motín de México* (Ross, 1988) y su diálogo con las cartas de Hernán Cortés. En esas condiciones la forma de la *carta-relación* y la aparición de Cortés como personaje dentro de la carta del propio Sigüenza, evidenciaba el diálogo entre ambos textos. En *Infornios*, la situación deviene mucho más compleja, debido a la multiplicidad de voces narrativas y discursos conflictivos dentro del propio texto, lo cual multiplica las ambigüedades que han dado lugar a tantas lecturas críticas. Mi aproximación a *Infornios* asume dicha ambigüedad como punto de partida puesto que es lo que he notado en toda la obra de Sigüenza y Góngora: una polifonía de voces de la historia pasada y presente, encuadrada e interpretada por el propio historiador criollo. El género literario de *Infornios*, no se presta a categorizaciones o soluciones simples. Pero su diálogo con la crónica de Bernal, como demostraré, ilumina algunos aspectos del texto situándolo dentro del discurso de la subjetividad colonial en primera persona.

Las vidas, historias personales escritas o dictadas por el compromiso religioso, fueron otra forma de escritura biográfica con la cual Sigüenza y Góngora se hallaba totalmente familiarizado. Su *Parayso Occidental* de 1684, historia de la fundación del convento de Jesús María en la Ciudad de México, se haya entretelado en gran parte con las palabras y textos de las propias monjas del convento. Sigüenza incorpora estas vidas dentro del plan global de su historia de una manera harto intrincada, preocupado no sólo por la cuestión del género literario sino también del género sexual. A medida que Sigüenza escribe y reescribe las historias de las vidas de las monjas, los varios estratos narrativos del texto se tornan aun más complejos. El hecho de que las vidas, que sirvieran de fuente material para el *Parayso Occidental* de Sigüenza constituyeran junto con la relación el modelo de narración en primera persona, tiene también implicaciones para *Infornios*, por cuanto los escritos sobre la vida de las monjas marcados por la experiencia de la diferencia de *género sexual* fueron incorporados en las estrategias de Sigüenza para narrar la pesada historia de Alonso Ramírez.

Tal como lo perfila Raúl Crisafio en su excelente introducción a la edición del texto de 1989, *Infornios* abarca cuatro momentos históricos. El capítulo uno describe la vida temprana de Alonso en Puerto Rico y su viaje inicial a México. El segundo comienza en las Filipinas y se centra en las experiencias de Alonso cautivo por piratas ingleses. Aquí se relatan indescritos horrores y el constante deseo de Alonso y su tripulación por escapar del cautiverio, así como la tortura y humillación que debe soportar durante largos años a lo largo de los capítulos dos, tres y cuatro.

En la tercera parte de la narración, Alonso como capitán, y los siete sobrevivientes de su tripulación son finalmente liberados por los piratas en un bote sin provisiones ni instrumentos de navegación; viajan sin dirección alguna hasta que finalmente desembarcan en lo que resulta ser la Península de Yucatán. Soportan terribles privaciones y varios hombres mueren, antes de toparse con el terrateniente español y dos de sus sirvientes yucatecos al final del capítulo seis. En el último capítulo de los *Infortunios*, Alonso es rescatado de las selvas y llevado de regreso a la Colonia. Al atravesar los vericuetos de la burocracia colonial, de alguna manera, acaba en la corte virreinal de la Ciudad de México y de allí es enviado a contar su historia a Carlos de Sigüenza y Góngora. Como explica Alonso, Sigüenza, movido por compasión, intercede en favor del infortunado marino con el objeto de encontrarle trabajo y recompensarlo por la pérdida de su buque. Como se sabe, Sigüenza también escribe la historia del ineducado Alonso bajo la forma de narración en primera persona, que es la que nosotros leemos. Se trata, por supuesto, del procedimiento narrativo del autor en tanto personaje, que en conjunción con la voz de Alonso Ramírez en primera persona, finaliza en un florecimiento barroco y de identidades confusas. Agregadas a las múltiples voces dentro del texto se hallan la de los documentos que la preceden, la “Dedicatoria” de Sigüenza y Góngora dirigida al virrey Conde de Galve, y la “Aprobación” otorgada por el censor Francisco de Ayerra Santa María. Son éstas dos declaraciones altamente políticas efectuadas por súbditos criollos a la corte de la Nueva España. Funcionan conjuntamente para distraer la atención del virrey de los hechos del caso de Alonso Ramírez (ya dispuestos en testimonio oral) hacia una representación escrita de dichos eventos efectuada por Sigüenza, quien indica: “Y si, al relatarlos en compedio quien fue el paciente, le dio V.E. gratos oídos, ahora que en relación más difusa se los represento a los ojos, cómo podré dejar de asegurarme atención igual?” (56).<sup>6</sup>

El censor Ayerra Santa María, poeta nacido en Puerto Rico y amigo personal de Sigüenza y Góngora —identificado aquí como el capellán del mismo convento de Jesús María, centro de los acontecimientos de *Parayso Occidental*— contribuye a la realización del proyecto situando la obra escrita en una categoría claramente superior a la de la palabra hablada: “Bastóle tener cuerpo la materia, para que la excediese con su lima la obra. Ni era para que se quedase solamente dicho lo que puede servir escrito para observado; pues esto reducido a escritura se conserva y aquello con la vicisitud del tiempo se olvida” (58). Aún cuando la Dedicatoria y la Aprobación están concebidas en términos religiosos y ortodoxos barrocos, su función primaria no es el reclamo de favores para Alonso Ramírez. Se trata más bien de ofrecer el relato como un presente al virrey, recordándole en el curso la maestría que Carlos de Sigüenza y Góngora ejerce sobre el discurso de la historia.

*Infortunios de Alonso Ramírez*, el libro, y Alonso Ramírez, el personaje-narrador, se hallan entonces separados desde el comienzo mismo del relato. Crisafio ha notado que aquí el libro comienza a hablar *por* su personaje más que *sobre* él (21); quiero ir más allá, y agregar que lo borra totalmente como individuo excepto por su representación narrativa. Si leemos la Dedicatoria y Aprobación cuidadosamente, veremos que en ningún momento se aduce que se trata de reproducir las palabras de Alonso, sino solamente de glosarlas en una “relación más difusa”; la diferencia entre lo que el pobre náufrago Ramírez dijo y lo

<sup>6</sup> Todas las citas son de la edición de 1989 de *Infortunios*. Raúl Crisafio, editor.

que el erudito y culto Sigüenza escribió, no se problematiza de modo alguno por cuanto resulta a todos totalmente evidente.

Me interesa contrastar esto con el cuidado con que el intelectual criollo trata de imbuir de veracidad a su narración en el prólogo al *Parayso Occidental* donde demuestra una aguda conciencia sobre las exigencias de la retórica de la historia. “En su verdad” señala, “puedo afirmar no haver perdonado para conseguirla diligencia alguna ... no hay [historia] sino la que aqui se dira, sacada de los mismos papeles originales que se escrivieron entonces, y que refiero en parten”.<sup>7</sup> Aquí, donde la biografía escrita por las monjas habrá de devenir parte de una historia, las reglas que definen tal tarea son observadas escrupulosamente. La manera en que Sigüenza maneja sus fuentes en *Parayso Occidental* es materia de un complicado estudio que he llevado a cabo en otra parte y que aquí no constituye mi tema principal.<sup>8</sup> Sí mencionaré que, cuando su fuente primaria es el testimonio oral de las monjas, no pone el mismo cuidado que puso en *Infortunios* o sea que, es la palabra escrita de Sigüenza la que sobrevive, mientras que el testimonio perece.

Es evidente que el problema de la narración en *Infortunios* no es el de la verdad en oposición a la ficción, sino el de la representación mediante el lenguaje. Puesto que el propósito del libro es expandir mediante una escritura pulida aquello que Alonso Ramírez informó en testimonio oral a efectos de que Sigüenza pueda demostrar lo mejor de sus talentos, debe desarrollar estrategias para una narración biográfica. Algunas de estas estrategias habrán de seguir el precepto clásico de la literatura de educar y entretener, siguiendo las formas literarias europea-picarescas, novela medieval, el *Quijote* de Cervantes, las novelas griegas —cuya presencia puede detectarse en la narración de *Infortunios*. Pero detenerse ahí sería simplista porque *Infortunios*, al igual que todos los escritos de Sigüenza, también invoca la particular visión histórica de la elite criolla de finales del siglo XVII, una visión por cierto multidimensional. La representación del presente criollo, contempla siempre hacia el pasado, con el deseo de recuperarlo. Y reclamar el pasado significa para Sigüenza y Góngora, reescribirlo, tal y veremos en el diálogo entablado por *Infortunios de Alonso Ramírez* con las vidas y las crónicas.

En mi trabajo sobre *Parayso Occidental* de Sigüenza y Góngora, he tenido interés en explorar las vidas de las monjas coloniales en el marco de una tradición de escritura de mujeres religiosas, y también como parte de un más amplio discurso colonial en formación. Muchas vidas fueron llamadas relaciones por sus autores, especialmente aquellos textos que narran la fundación de conventos. Por tanto, me pregunto qué sucedería si examináramos la vida-relación de estas monjas junto a las de sus mejores conocidos hermanos, los textos de hombres que han dado cuenta del Descubrimiento, Conquista y Colonización que tuvieron lugar fuera de los muros del convento.

Ambas, vida y relación, existieron en contrapunto a la historia letrada, forma plena de tradición y exclusión que presentaba desafíos retóricos a los sujetos coloniales que ponían por escrito su visión de la historia en el Nuevo Mundo. Las vidas, sin embargo, se diluyen en biografías subjetivas entremezclando la esfera pública y privada, y atribuyendo los

<sup>7</sup> Sigüenza y Góngora (1684), “Prólogo al lector”.

<sup>8</sup> Ver mi libro sobre Sigüenza, *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora. A New World Paradise*, 1994.

eventos a fuerzas místicas fuera del alcance de la doctrina religiosa convencional. Discursivamente pueden ser ubicadas entre la relación y la historia, entre el discurso de relatos legales y una tradición occidental y cristiana que se consideraba a sí misma como universal. Las vidas estaban imbuidas del lenguaje universal religioso al igual que lo estaban las naturales historias del Nuevo Mundo, tales como el *Parayso*, dentro del dogma providencial. Al mismo tiempo, las vidas constituían relatos personales basados en la presentación subjetiva de los testigos presenciales de una serie de eventos cronológicamente ordenados.

Lo que particularmente diferencia las vidas de las monjas de otros relatos coloniales es su condición de autoría mediatizada. La figura del confesor o del superior estaba siempre presente, bien fuera un defensor benigno o bien un duro capataz, ya que a la monja le estaba prohibido llevar a cabo un acto tan individualista como la escritura de su propia historia a no ser que fuera autorizada u obligada a hacerlo por alguna autoridad religiosa masculina. Además de imponer obediencia y humildad, este control se consideraba necesario debido al peligro de que los escritos de una monja pudieran desviarse en áreas tan heréticas como la sensualidad, la imaginación o, peor aún, la inspiración demoníaca. De tal modo, que en las vidas se hace constante referencia al acto de la escritura como una pesada tarea, emprendida por el amor a Dios y en obediencia a su representante terrenal, el confesor. En tanto que la monja se absuelve a sí misma de toda responsabilidad conforme va registrando no solamente los acaceres mundanos sino también los trances y visiones místicas.<sup>9</sup>

Las vidas constituyen una clave para la comprensión de las técnicas narrativas tan hábilmente desplegadas por Sigüenza conforme va relatando la historia del empobrecido isleño arrastrado por el mundo por fuerzas más allá de su control. En *Infatunios*, como ha observado Crisafio,<sup>10</sup> la mezcla de discurso objetivo y subjetivo logra, a medida que los escritos se van alejando de la descripción inicial de Alonso sobre las condiciones que rodearon su nacimiento e infancia, hacia la presentación de los minuciosos detalles de la geografía e hidrografía del mundo. Así como en las vidas, la variedad del discurso resulta de los múltiples propósitos del libro: presentar no sólo la historia personal de la fe severamente puesta a prueba y de la salvación final, sino que presenta también la historia de una institución. En este caso, la institución de la industria mercantil de la España imperial sirve también como metáfora de la institución mayor de un expandido imperio de ultramar en avanzado estado de descomposición.<sup>11</sup>

Como documento de historia social, las vidas de monjas coloniales, por oposición a las autobiografías de sus hermanas europeas, narran una cultura rápidamente cambiante. Mientras que los escritores de los siglos XVI y XVII, mayormente criollos o nacidos en España, proveen un atisbo íntimo de la sociedad conventual que reflejaba al mundo externo en términos raciales.<sup>12</sup> Las comunidades integradas por mujeres, incluido el convento,

---

<sup>9</sup> Ver Arenal y Schlaw (1989), Franco (1989), y Myers (1993) para una discusión más elaborada del discurso de las vidas y el papel del confesor.

<sup>10</sup> Para una buena explicación sobre este punto, ver la introducción de Crisafio a su edición.

<sup>11</sup> Sobre este aspecto crítico en el texto, ver B. González y Moraña.

<sup>12</sup> Arenal y Schlaw, capítulos 5 y 6; Martín, 1983.

junto con su elite blanca, los sirvientes indígenas y las esclavas negras, todas viviendo en estrecha cercanía, impulsaron a las monjas a escribir sobre dicha realidad multirracial. En *Parayso Occidental*, Sigüenza y Góngora hace lo mismo, ya que su historia del convento de Jesús María da cuenta entre las devotas de una esclava y varias sirvientas junto a las aristocráticas monjas que son el centro de su narración.

Este modelo de descripción de una sociedad multirracial en un contexto extremadamente religioso se encuentra también en los *Infornios de Alonso Ramírez*. Los hombres capitaneados por Alonso en las Filipinas representan a un grupo heterogéneo: un criollo de Puebla, dos filipinos —uno originario de China— un indú y el esclavo mozambiqueño de Alonso. Juntos padecen de inanición, sed y desesperación después de abandonar a los piratas ingleses. Sepultan a sus muertos, atienden a los moribundos y cuidan del enfermo. Estas escenas son frecuentes en las vidas, puesto que las enfermedades tanto físicas como espirituales eran una constante en los conventos.

Dentro del grupo de ex-cautivos, al igual que en el convento, la jerarquización basada en lo racial es clara, con Alonso Ramírez y los miembros criollos de su tripulación como autoridades, los asiáticos como trabajadores y Pedro, el esclavo africano, como posesión. Sigüenza lleva la diversidad racial en *Infornios* a extremos que sobrepasan con mucho lo presentado en las vidas o en crónicas tales como los *Naufragios* de Cabeza de Vaca. *Infornios* presenta un tratamiento barroco del tema, en que los encuentros interraciales proporcionan un relato pleno de excesos, exotismo y sorpresas.

La puesta a prueba de la fe católica de Alonso Ramírez, cautivo por los piratas ingleses sugiere más que nada el modelo de la autobiografía espiritual. Las vidas de religiosos y religiosas suelen destacar casos extremos de sufrimientos ejemplares del creyente. Durante el siglo XVII, la tentación sexual, la aparición del demonio en forma de hombre o mujer fue especialmente predominante en este tipo de escritos en primera persona; pienso aquí no sólo en las diversas vidas de monjas sino también en los relatos de Núñez de Pineda y el *Cautivero feliz* de Bascañan.

Cuando Sigüenza y Góngora narra las vidas de monjas en el *Parayso Occidental*, la resistencia a las tentaciones de la carne es alabada, mientras que los incumplimientos frecuentemente terminan con resultados desastrosos y hasta fatales. Al mismo tiempo, las monjas que tratan de mantener un ascetismo estricto dentro de su comunidad —siguiendo el ejemplo de Teresa de Ávila— se enfrentan a la humillación y al ostracismo. Al convertir la vida de los reformadores en ejemplos para otras monjas mediante un discurso gráfico y elocuente de autohumillación pía, Sigüenza promueve un programa inspirado por los jesuitas que preconizaba la contrarreforma del siglo XVII en la vida conventual.

El trasfondo de referencias sexuales en el viaje alrededor del mundo de Alonso Ramírez es, aunque soslayado, importante. A diferencia del típico pícaro, la identidad del padre de Alonso no es puesta jamás en duda, su madre, por el contrario recibe alabanzas por su carácter moral. De manera similar, cuando Alonso se casa en la Ciudad de México, el relato se esfuerza por establecer las virtudes de su huérfana mujer y el tío de ella, un clérigo de alta jerarquía. Más aún, la paternidad del propio hijo nonato de Alonso es sostenida mediante la cuidadosa mención de los once meses de duración de su matrimonio que terminan con la muerte de la madre y el niño durante el parto.

En este punto, la sexualidad de Alonso se halla definida dentro de los límites de la ortodoxia de una legítima unión entre marido y mujer. Sus experiencias durante el período en que es mantenido prisionero por los piratas, ofrecen un constante desafío a su masculinidad puesto que los privilegios de su género le son negados a bordo de la nave inglesa. Los piratas torturan y abusan de los cautivos, y más que sugerir un herético salvajismo, se opera sobre una base sadista de humillación sistemática con un tono marcadamente sexual. Alonso es llamado cobarde y “gallina” por no unirse a los piratas (98) y los cautivos son obligados a coser las prendas de los piratas y más tarde a cocinar su comida (103). Los lunes los prisioneros son obligados a formar un círculo desnudos y forzados a azotarse unos a otros ante el rugiente placer de la audiencia de piratas (104). Quizá la escena más conocida de todas, es donde un cautivo enfermo, es obligado a punta de cuchillo a consumir los excrementos del capitán mezclados con agua (104). Al resistir las exigencias de los piratas de unirse a ellos en su pecaminosa y lujuriosa vida, el precio que paga Alonso mediante su fortaleza es una disminución simbólica.

El relato de *Parayso Occidental* —“una historia de mugeres para mugeres”, como le llama Sigüenza— implica la absorción de las vidas de mujeres en un proyecto de historia universal convirtiendo sus voces en parte de un programa moral y político. Dada la autoría mediatizada de las vidas, Sigüenza toma control de la escritura de las mujeres mediante su inquietante texto y sus intervenciones en primera persona adoptando una especie de rol de confesor. Al convertir el testimonio de Alonso Ramírez en un texto similarmente mediatizado, el sujeto hablante dentro de la narración es situado en la posición subordinada de una mujer. La única voz masculina que queda es la de Carlos de Sigüenza y Góngora.

Debe destacarse que las monjas de Jesús María que escribieron sus vidas fueron gente real. A veces resistían la autoridad de sus confesores masculinos, a veces obedecían a la jerarquía establecida. Alonso Ramírez puede o no haber sido real; la evidencia a tales efectos no es concluyente. Históricamente, esta diferencia material nos importa, por cuanto las *vidas de monjas* constituyen partes perdidas de la historia de mujeres coloniales que poco a poco van siendo restauradas. Pero leyendo ambos libros de Sigüenza hoy día, podemos también atisbar las muchas capas sociales de la cultura colonial en flujo, representada mediante relatos que dan el control de la historia a algunos y se la quitan a otros. Alonso Ramírez, real o no, es borrado de la narración de su vida por cuanto Sigüenza y Góngora busca un vehículo escrito para expresar su propia subjetividad colonial como miembro de la elite intelectual criolla.

La situación ambigua de las clases superiores criollas en la sociedad colonial es notoria, tal y como ha sido extensa y elegantemente estudiado por críticos como Octavio Paz, Jacques Lafaye, y otros.<sup>13</sup> Dentro del debate crítico sobre el desarrollo del patriotismo criollo, como precursor de los sentimientos conducentes a la independencia, Sigüenza y Góngora desempeña un papel central sirviendo como símbolo de toda su clase y época.<sup>14</sup> Más frecuentemente suele ser identificado con el escaso racionalismo emergente, heraldo de las tendencias científicas y empíricas que van a señalar el ingreso de la Nueva España en la modernidad. Paz, sin embargo, descarta la originalidad de Sigüenza como pensador

<sup>13</sup> Paz (1982); Lafaye, 1977; también Arrom, Concha, B. González, Florescano.

<sup>14</sup> He estudiado profundamene este papel de Sigüenza en mi libro.

moderno; enfatiza, en cambio, sus relaciones con un sincretismo jesuíta enteramente barroco que prevalece en la obra del criollo.<sup>15</sup>

Al explorar las complejidades de la realidad económica y social de los criollos, y el carácter no monolítico de su grupo, podemos ir más allá de las simples dicotomías. Así lo ha demostrado convincentemente un trabajo reciente de Beatriz González sobre *Infortunios*, donde arguye que la frustrada búsqueda de Alonso Ramírez por riquezas y ascenso social destruye la América mítica de los conquistadores españoles para revelar en cambio la oquedad de un imperio decadente y corrupto.<sup>16</sup> González presume que la adopción de la voz narrativa en primera persona expresa la identificación del propio Sigüenza y la de cierto sector de la clase superior nacida en América con la desilusión de los criollos pobres tales como Alonso Ramírez que aún creían en la capacidad del sistema imperial de expandirse y proporcionar nuevas oportunidades. La trituración de los sueños de Alonso de prosperar en México, primero como adolescente y luego como sobreviviente del cautiverio y el naufragio, cuestiona al antiguo orden y comienza un proceso crítico que finalmente habrá de provocar una crisis de cambio en la nueva conciencia criolla. Claramente, la anti-utopía del relato no puede ponerse en duda. El pesimismo del viaje circular conducente a ninguna parte más que al paraíso del Nuevo Mundo de la Conquista deja claro que el constreñido mundo de 1690 es radicalmente diferente del que se había abierto dos siglos antes. La astuta inserción de Sigüenza en su propia protesta económica, a través de la voz de Alonso hacia el final de la narración, identificando las posiciones académicas y religiosas del autor como “títulos ... que suenan mucho y valen poco” (127-8), establece sin embargo un vínculo común entre el autor —narrador y el personaje— narrador, los dos “yo” se unen para contar la historia.

Sin embargo, las muchas estrategias narrativas que Sigüenza empleó para representar la búsqueda desesperada de Alonso Ramírez por encontrar la tierra de oportunidades que el puertorriqueño imaginó al otro lado del Caribe, le deben algo más que una simple referencia paródica a las crónicas de la conquista. Tal como el trabajo de Sigüenza y Góngora muestra una y otra vez, sus textos implican las crónicas del siglo XVI al re-escribirlas de una forma barroca para representar las complejidades de la existencia y el lenguaje en una era colonial posterior. La identidad individual y colectiva de Sigüenza como historiador criollo se apoya en el re-cuento del pasado de la Nueva España, para de esta manera reclamarlo como un legado auténtico del presente colonial. Así, tanto las investigaciones sobre la historia indígena, que son la pasión de Sigüenza, como las crónicas del período de la Conquista, se transforman en una representación barroca gracias a su trabajo destinado a la audiencia criolla y a la corte virreinal.

Al desvanecer las fantasías de riqueza y gloria que esperan en el Nuevo Mundo y recontar las desgracias de Alonso Ramírez, toma prestadas e invierte algunas escenas de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz. Sigüenza conocía muy bien el texto y lo criticaba. En la narrativa histórica *Piedad heroica de don Fernando Cortés*, escrita al mismo tiempo que *Infortunios*, alabó a Cortés contradiciendo directamente al “mal contento Cronista”

---

<sup>15</sup> Paz (1982).

<sup>16</sup> B. González 33-45.

del conquistador.<sup>17</sup> Sigüenza recordaba la grandiosidad de la empresa religiosa de Cortés en la Nueva España, no las mezquindades de la Colonización.

El texto de Bernal subyace en el de Sigüenza en las dos ocasiones cuando Alonso Ramírez llega a tierra firme en Nueva España: en el viaje inicial, siguiendo la ruta del Caribe, tal como lo hizo el buque de Bernal Díaz, y cuando llega al puerto de San Juan de Ulúa. Ya en la Nueva España, la meta de Alonso es llegar a la capital, el centro de la Nueva España, la metrópolis que le debe su dimensión mítica a Bernal. El azoro de Alonso al llegar, no se debe a los maravillosos mercados y templos indígenas que obviamente ya no existen, sino a la generosidad de la población urbana que goza de una vida de abundancia y sosiego (65). Sin embargo, las riquezas mexicanas se escurren en la escala social a tal punto que Alonso se lamenta: “atribuyo a fatalidad de mi estrella haber sido necesario ejercitar mi oficio para sustentarme” (65). Más tarde, en la capital, los amigos de Alonso arreglan un matrimonio que lo ayuda a subir en la escala social pero que tendrá un fin trágico. Una prosperidad ilusoria que se apila en la casa de barajas y que finalmente colapsa para Alonso Ramírez.

Como en otros escritos de Sigüenza, el punto para los lectores de hoy, es qué tan racional y crítico es el pensamiento mostrado en la escena. Creo que la finamente velada sátira de la vida colonial, brillando a través de la desafortunada estrella de Alonso, se combina con un sentido completamente barroco de desilusión con el mundo material. Sigüenza y Góngora presenta a un protagonista que vive no sólo a merced de una sociedad colonial corrupta, sino también gracias a fuerzas sobrenaturales. Al reescribir la historia de Bernal, transformándola de ganancia personal en testimonio que demuestra la falta de control que los seres tienen sobre sus vidas —más allá de las elecciones básicas entre el bien y el mal Sigüenza crítica el régimen desde un punto de vista esencialmente conservador. El criollo intelectual se identificaba no sólo con el deseo de escalar social y económicamente —ejemplificado por Bernal o el joven Alonso Ramírez— sino también con la idea más antigua de Alonso de que los eventos universales no están en definitiva bajo su control.

El momento en que *Infortunios* aborda más directamente los mitos de las crónicas de Bernal Díaz es cuando Alonso y sus hombres regresan accidentalmente de la Nueva España. Una espantosa tormenta azota el buque y milagrosamente llegan a tierra sin ahogarse al final del capítulo cinco. El capítulo seis relata cómo sobrevivieron los hombres soportando terribles sufrimientos, hambre, sed y los mosquitos, al abrirse camino en las costas sin la más remota idea de dónde se encontraban. Los dos filipinos murieron exhaustos. El resto continúa caminando y en su ciego caminar se adentran en terrenos aún más inhóspitos.

Aquí la suerte interviene. Pedro, el esclavo africano, divisa a dos hombres desnudos desarmados caminando en la costa. Alonso, con su rifle en mano, los enfrenta cara a cara con el siguiente resultado:

Turbados ellos mucho más sin comparación que lo que yo lo estaba, lo mismo fue verme que arrodillarse y puestas las manos, comenzaron a dar voces en castellano y a pedir cuartel.

---

<sup>17</sup> Jaime Delgado, editor, *Piedad heroica*, 1960, 4. El manuscrito de Sigüenza con las anotaciones sobre la historia de Bernal Díaz según el historiador Elías Trabulse (1989) aún existe. Otras referencias a Bernal se pueden encontrar en trabajos como *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un Príncipe*.

Arrojé yo la escopeta y, llegándome a ellos, los abracé; y respondiéronme a las preguntas que inmediatamente les hice. Dijéronme que eran católicos y que, acompañando a su amo que venía atrás y se llamaba Juan González ... andaban por aquellas playas buscando ámbar; dijeron también el que era aquella costa la que llamaban de Bacalal en la provincia de Yucatán (115-16).

Alonso y sus hombres se regocijan por su buena suerte; los yucatecos siguen temerosos sospechando haberse topado con piratas ingleses o franceses. Juan González que observa desde la distancia, trata de regresar a la jungla. Sin muchas ganas, González se une al grupo y les da este escalofriante mensaje: Alonso debe agradecer a Dios que vio primero a los yucatecos antes que ellos lo vieran a él; de no ser así, los yucatecos se habrían escondido y los hombres perdidos hubieran muerto solos.

Comparemos ahora la famosa historia de Bernal Díaz sobre el rescate del español Jerónimo de Aguilar por Hernán Cortés en la costa de Yucatán. El conquistador insiste en una misión especial para rescatar y liberar a Aguilar quien finalmente llega a Cozumel acompañado de sus apresadores. Hablando maya, casi desnudo, moreno y rapado, ningún español reconoce a Aguilar hasta que balbucea un “Dios y Santamaría y Sevilla”.<sup>18</sup> Quedando su identidad española asentada, reina el regocijo; Aguilar, obviamente, tendrá un papel principal en la Conquista como intérprete de Cortés.

En el texto de Bernal hay elecciones tajantes: españoles o indios, católicos o paganos, castizos o quichés, vestidos o desnudos. La apariencia ambigua de Aguilar causa sólo una confusión momentánea hasta que su lenguaje y su religión lo reubican donde pertenece, su transculturación explotada como un arma estratégica por Cortés. En contraste, el “rescate” accidental de Alonso ofrece un montón de distorsiones barrocas, donde nada ni nadie puede ser aceptado por sus apariencias. Alonso, listo para el combate, ve a dos hombres desnudos y se imagina que son salvajes, aunque resulta que son católicos hispano-hablantes. A él lo confunden con un pirata inglés o francés a pesar de su saludo amistoso e insistencia —probablemente en castellano— de que no lo es. El terrateniente criollo y yucateco, que anda en busca de ámbar, sólo quiere salvar su propio pellejo, y casi deja a todo el mundo atrás sin siquiera detenerse a averiguar quién era Alonso.

*Infortunios* presenta un mundo donde todos se arrebatan las pocas migajas que caen cerca. Sigüenza da no sólo una visión crítica de la vida en un imperio decadente, sino también muestra nostalgia por los verdaderos conquistadores, hombres como Cortés, no como Bernal Díaz. Su interpretación barroca de la crónica de Díaz, al igual que su absorción de la voz narrativa de Alonso Ramírez, evidencia las estrategias de un criollo intelectual que al reescribir el pasado inmediato de la Nueva España se apropia de él. Según este proyecto, las ambivalencias que se encuentran en la subjetividad colonial de Sigüenza sólo pueden resultar en un texto donde tanto el género literario como la diferencia de sexo de los protagonistas, permanecen indefinidos e inestables. No podemos pedir respuestas fáciles a un texto que lucha por representar una realidad colonial cambiante.

---

<sup>18</sup> Bernal Díaz, Capítulo XXIX.

## OBRAS CITADAS

- Arenal, Electa y Stacey Schlauf. *Untold Sisters*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1989.
- Arrom, José Juan. "Carlos de Sigüenza y Góngora. Relectura criolla de *Infortunios de Alonso Ramírez*". *Thesaurus* XLII (1987) 23-46.
- Chang Rodríguez, Raquel. "La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*". Chang Rodríguez, *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982. 85-108.
- Concha, Jaime. "La literatura colonial hispanoamericana: problemas e hipótesis". *Neohelicon* 4 (1976) 31-50.
- Crisafio, Raúl. "Introducción". En su edición de Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*. Milán: Arcipelago Edizioni, 1989. 11-51.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- Florescano, Enrique e Isabel Gil Sánchez. "La situación económica y social hasta 1750". *Historia general de México* 2/1. México: El Colegio de México, 1976. 185-98.
- Franco, Jean. *Plotting Women: Gender and Representation in Mexico*. New York: Columbia University Press, 1989.
- Gimbernat de González, Ester. "Mapas y texto: para una estrategia del poder". *MLN* 95 (1980) 388-99.
- González Echevarría, Roberto. "José Arrom, autor de la Relación acerca de las antigüedades de los indios (picaresca e historia)". González Echevarría, *Relecturas: Estudios de literatura cubana*. Caracas: Monte Ávila, 1976. 17-35.
- \_\_\_\_\_. *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- González Pérez, Aníbal. "Los *Infortunios de Alonso Ramírez*: Picaresca e historia". *Hispanic Review* 51 (1983) 189-204.
- González S., Beatriz. "Narrativa de la estabilización colonial". *Ideologies and Literatures* I.1 (1987) 7-52.
- Invernizzi Santa Cruz, Lucia. "*Naufragios e Infortunios*: Discurso que transforma fracasos en triunfos". *Dispositio* XL (1986) 99-111.
- Johnson, Julie Greer. "Picaresque Elements in Carlos de Sigüenza y Góngora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*". *Hispania* 64 (1981) 60-7.
- Lafaye, Jacques. *Quetzalcóatl y Guadalupe: la formación de la conciencia nacional en México* (1974). México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Martín, Luis. *Daughters of the Conquistadores: Women of the Viceroyalty of Peru*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1983.
- Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". *Historia de la literatura hispanoamericana* I. Luis Iñigo Madriga, ed. Madrid: Cátedra, 1982. 57-116.
- Moraña, Mabel. "Máscara autobiográfica y conciencia criolla en *Infortunios de Alonso Ramírez*". *Dispositio* 15 (1990) 10-17.

- Myers, Kathleen. *Word from New Spain. The Spiritual Autobiography of Madre María de San José*. Liverpool: Liverpool University Press, 1993.
- Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Pérez Blanco, Lucrecio. "Introduction". En su edición de Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infornios de Alonso Ramírez*. Madrid: Historia 16, 1988. 7-59.
- Ross, Kathleen. "Alboroto y motín de México: una noche triste criolla". *Hispanic Review* 55 (1988) 181-90.
- \_\_\_\_\_. *The Baroque Narrative of Carlos de Sigüenza y Góngora: A New World Paradise*. New York: Cambridge University Press, 1993.
- Sacido Romero, Alberto. "La ambigüedad genérica de los *Infornios de Alonso Ramírez* como producto de la dialéctica entre discurso oral y discurso escrito". *Bulletin Hispanique* 94 (1989) 1-21.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Infornios de Alonso Ramírez*. Mexico, 1690. Lucrecio Pérez Blanco, ed. Madrid: Historia 16, 1988. Raúl Crisafio, ed. Milán: Arcipelago Edizioni, 1989.
- \_\_\_\_\_. *Seis obras*. William G. Bryant, ed. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Soons, Alan. "Alonso Ramírez in an Enchanted and Disenchanted World". *Bulletin of Hispanic Studies* 53 (1976) 201-5.

Traducción: Margarita Leño

